

Al encuentro de uno mismo
La visita de Montaigne

José M. Asensio Aguilera

AL ENCUENTRO DE UNO MISMO

La visita de Montaigne

Octaedro 

Colección Con vivencias

61. *Al encuentro de uno mismo. La visita de Montaigne*

Primera edición: octubre de 2021

© José María Asensio Aguilera

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.

Bailén, 5 - 08010 Barcelona

Tel.: 93 246 40 02

octaedro@octaedro.com

www.octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18819-75-9

Depósito legal: B 17058-2021

Diseño de la cubierta: Tomàs Capdevila

Diseño y producción: Editorial Octaedro

Impresión: Ulzama

Impreso en España - *Printed in Spain*

*A Martina, Jana, Paula, Èric, Pol y Daniela,
en el deseo de que sean siempre ellos mismos.*

 **PRÓLOGO**

Salvo que algún deterioro mental lo impida o dificulte, en estado de vigilia todos somos conscientes de nuestra identidad, de lo que hacemos o dejamos de hacer y de las decisiones que tomamos. No sucede igual, sin embargo, con las influencias que recibimos y nos pueden llevar a actuar de una u otra manera o a efectuar determinados juicios. Muchas veces, en efecto, no nos percatamos de la repercusión que tienen en nuestras valoraciones y comportamientos la percepción de ciertos estímulos, las huellas emocionales del pasado, la educación recibida o las circunstancias del momento. Crecemos, por otra parte, en unos determinados ambientes socioculturales y con frecuencia llegamos a considerar como «propias» ideas o concepciones acerca de algo que asumimos sin atender demasiado ni a su consistencia racional ni a su valoración ética. Corremos el riesgo, entonces, de ignorarnos, de actuar bajo la influencia de ciertos automatismos mentales, de «masificarnos» y de vivir «mecánicamente» conforme a criterios ajenos.

Pretender ser «uno mismo» significaría, por así decirlo, aspirar a que todo ello no se produjera. A que, al hacernos conscientes de cuanto pudiera influir en nuestro pensar y hacer, nos dispusiéramos a valorarlo con espíritu crítico y a obrar en consecuencia, lo que nos llevaría a sentirnos los reales protagonistas de nuestras vidas. No como sujetos que aceptan pasivamente aquello que se les propone y puede afectarles de un modo u otro. Ni que tiendan a dejar para cualquier otro momento que, con

frecuencia, nunca acaba de llegar plantearse ciertas cuestiones acerca de sí mismos, de sus vidas y de cómo desearían vivirlas que solo a ellos les compete abordar.

Embarcarse en esta empresa emancipadora requiere llevar a cabo un continuado y apreciable esfuerzo mental para no dejarse arrastrar por las emociones del momento, por algunas de nuestras habituales expresiones de irracionalidad, por infundados apriorismos o por esa pereza mental a la que somos tan propensos cuando de lo que se trata es de encararse con determinados conflictos personales. Vale decir, no obstante, que el mencionado esfuerzo puede resultar finalmente muy gratificante de llevar a cabo, en la medida en que nos abre la posibilidad de situarnos en conformidad con aquello que más hondamente sentimos y aspiramos a conseguir. Y pienso al respecto que conocer el testimonio de quienes dieron sobradas muestras de ser «ellos mismos» en las más dispares circunstancias de su vivir quizás podría servir de aliento e inspiración a cuantos análogamente lo pretendieran. En este sentido, pocos como el personaje al que me voy a referir en estas páginas merecería, a mi entender, ser así considerado. Porque, efectivamente, Michel de Montaigne no solo fue un gran observador e intérprete del comportamiento humano, sino también alguien que supo no dejarse llevar por pareceres e intereses ajenos ni por las mentalidades que condujeron a los trágicos vendavales ideológicos, políticos y religiosos que se dieron en su tiempo.

Aludiré, así, a un personaje que, por añadidura, nos transmite la impresión de ser un entrañable compañero de ese viaje a la autonomía que, considero, todo ser humano debería intentar emprender. Un amigo que no pretende dar lecciones de vida, ni ofrecer consejos, guías morales o de cualquier otro tipo para afrontar la existencia. Sí, por el contrario, mostrarse en su pensar y sentir tanto acerca de sí mismo como de los seres humanos en general y del mundo en que vive. Tal vez por ello Montaigne inspira confianza y proximidad a quienes, a través de la lectura

de sus *Ensayos*, descubren a alguien que se les antoja hecho de una pasta semejante a la suya. A un ser humano que viene a decirles, simplemente: «Esto es lo que a mí me ocurre, lo que he observado y lo que pienso. A lo mejor puede servirte». Y esta es también la última intención del libro que el lector tiene entre sus manos: que pueda servirle.

> I. Ser uno mismo

Convivir sosegada y tranquilamente, sin crearnos innecesarios problemas, no es algo que se nos haya dado demasiado bien a los humanos. No hemos sabido hacerlo ni siquiera cuando se nos dio la metafórica oportunidad de pasearnos por el Paraíso, sin otra limitación a nuestro bienestar que la de no comer las manzanas de un determinado árbol. Cuesta creer, de cualquier modo, que al Creador le pasara desapercibida nuestra debilidad por lo prohibido. O podría ser que con esa banal restricción quisiera tan solo cerciorarse de que, efectivamente, el humano al que había dado vida era un ser algo inquieto, muy dado a sentirse insatisfecho aun nadando en la abundancia, además de vanidoso y fácil víctima de cualquier tentadora oferta que estimulara su ambición o curiosidad. Ya lo dejó escrito Blaise Pascal en sus *Pensamientos*: El drama del hombre, su desdicha, proviene de «no saber quedarse tranquilo en su habitación». No importa que pueda gozar en ella de las mejores vistas de la Tierra y tenga a su disposición todos los placeres conocidos. Siempre le cabe imaginar otros. Y, por supuesto, aburrirse de los reiteradamente disfrutados. Los humanos que no se llenan de Dios –decía Pascal– no soportan el vacío de la soledad y buscan por ello «distraerse» de una u otra manera. Quizás sea así, pero habremos de admitir también que han abundado hombres supuestamente «llenos de Dios» que no se han caracterizado, precisamente, por dejar de «entretenerse» con los más diversos y hasta a veces reprobables asuntos humanos.

Es cierto, no obstante que, a veces, de según qué rasgos de nuestra psique susceptibles de llevarnos a cometer lamentables errores también cabe extraer virtud. Y puede así que esa desazón que solemos sentir al instalarnos en las rutinas del vivir o al contemplar, sin más, el mero paso del tiempo haya servido, asimismo, para avivar nuestros deseos por descubrir nuevos horizontes, por conocer e indagar, por curiosear acerca de aquello que nos interroga. Algo que podría considerarse como muy positivo si no hubiera venido tantas veces acompañado por esos deseos tan típicamente humanos de poseer y dominar. Por esas desmesuradas muestras de ambición que no logramos reconducir ni siquiera por conservar el preciado bien de la convivencia. Y que, asimismo, no solo nos ha llevado en nuestros días a superpoblar un mundo contaminado por las más diversas sustancias tóxicas, sino también por irracionales egoísmos y lacerantes desigualdades que ponen en riesgo tanto la salud del planeta como la vida de millones de seres humanos. Deambulamos, así, en nuestros días por una diminuta porción del universo que, en opinión de Jacques Attali,¹ «hoy ya nos resulta insoportable y pronto lo será más para mucha gente». Por un planeta, el nuestro, que –considera dicho autor– se ha convertido para la mayoría de quienes lo habitan en el presente en un lugar inhóspito donde «no cabe esperar nada de nadie», razón por lo cual cree que «ha llegado la hora de que cada uno se haga cargo de su vida».²

En su libro *Devenir soi (Convertirse en uno mismo)*,³ J. Attali enumera algunos de los males (guerras, terrorismo, xenofobia, degradación del medioambiente, progresiva desaparición del empleo, etc.) que le llevan a calificar de «insostenible» –tal como leíamos en la primera de las citas anteriores– el mundo actual. Males a los que cada individuo tendrá que añadir los que pue-

1. Attali es considerado uno de los personajes más influyentes del pensamiento, la política y la economía actuales.

2. Attali, J. (2016). *Convertirse en un mismo* (p. 11). Barcelona: La Vanguardia.

3. *Id.*

dan deberse a sus particulares circunstancias. Al micromundo que más directamente nos afecta y del que aún creemos poder gobernar su rumbo en alguna medida. No sería este el caso de ese otro mundo del que solo sabemos por los medios de comunicación. Sobre este sentimos, por lo común, que bien poco es lo que podemos hacer para promover o evitar cualquiera de los cursos que siga, de los acontecimientos sociales o políticos –generalmente, trágicos o alarmantes– que se producen y que esos medios convierten en noticia. También solemos pensar, quizás para hacer más llevadera esa sensación de impotencia o para justificar nuestra inacción al respecto, que «desde siempre» la violencia, las situaciones de extrema pobreza, la intolerancia, la explotación de unos seres humanos por otros o las guerras por motivos económicos, territoriales, políticos o religiosos han sido causa de innumerables e inenarrables sufrimientos. De miserias humanas, en definitiva, que fatalmente no conseguimos erradicar y que han convertido en «insostenibles» muchos lugares de la Tierra para quienes los han frecuentado en unos u otros tiempos.

Atendiendo a esta última consideración, quizás pueda sorprender la referencia explícita al «hoy» de la frase antes citada. A menos que se pueda pensar que, a las calamidades «de siempre», su autor creyera que se le han agregado otras recientemente de especial gravedad. Y entiendo que así se podrían considerar, por ejemplo, las hirientes imágenes que nos llegan de miles de emigrantes y refugiados intentando huir de ciertos lugares sumidos en la pobreza y la desesperanza, navegando en pateras a merced de las olas por mares insolidarios o contemplando, exhaustos, la altura de imponentes muros o espinosas vallas. Por no mencionar el cada vez más apreciable lamento de la naturaleza, que, agredida por nuestra insaciable codicia, apenas consigue recuperar ya algunos de sus maltrechos equilibrios. Al advertir este «nuevo» repertorio de pesadumbres, cabe considerar como oportuna esa alusión al «hoy», así como destacar no solo que nos cuesta aprender a vivir aplicando lo

que Bertrand Russell llamaba «el sencillo secreto de la felicidad instintiva»,⁴ sino que la mera subsistencia se ha convertido en los tiempos actuales, para millones de seres humanos, en una diaria y extenuante lucha por mantenerla.

La esperanza de mejora para todos estos infortunios no invita tampoco al optimismo. A pensar que una decidida voluntad para paliarlos potenciada por los avances científico-tecnológicos de que disponemos pudieran lograr poner fin a muchos de estos males. Sobre todo, si se considera la razonable sospecha de que «los políticos ya no se atreven a emprender reformas impopulares y no hacen más que añadir nuevas promesas a las que han sido incapaces de cumplir».⁵ O sea, si se alberga la nada arbitraria idea de que vamos un tanto a la deriva. Entre otros motivos, porque cada vez es mayor la brecha que se observa entre los precarios conocimientos de los que suelen hacer gala nuestros gobernantes y la extrema complejidad del mundo que han de gestionar. Circunstancia a la que se suman su habitual escasa disposición para atender los graves problemas que se vislumbran a medio o largo plazo y para dejar de supeditar la acción política a intereses estrictamente partidarios. Para quienes nos representan en las instituciones, las elecciones nunca dejan de estar presentes en sus horizontes más próximos. Así pues, mejor –suelen pensar– ignorar o enmascarar las realidades desagradables que por el momento no nos acucian de manera directa e inmediata. Nuestras democracias se van convirtiendo, así, en sistemas de gobierno cada vez más frustrante para muchos ciudadanos, porque no solo predominan en ellas las miradas economicistas y a corto plazo, sino también el engaño, cuando no la corrupción, la insufrible retórica parlamentaria basada en el reproche y la sistemática negación de las razones ajenas, la atención a lo ornamental e innecesario a costa de lo imprescindible y, en suma, la falta de ética.

4. Russell, B. (2012). *Autobiografía* (p. 379). Barcelona: Edhasa.

5. Attali, J., *op. cit.*, p. 31.

Habitar este mundo nuestro sin «esperar nada de nadie» – como señala la segunda de las frases anteriores– parece alimentar aún más si cabe nuestro desaliento y fomentar un pesimismo vital nada favorable para el normal desarrollo de las relaciones sociales, la convivencia o la confiada expresión de nuestros sentimientos. No obstante, situada en su contexto, cabe que no deberíamos interpretarla en lo que sería su literal sentido. Por supuesto, son muchas las personas en las que podemos y hasta debemos confiar. Las necesitamos incluso para poder creer en nosotros mismos. Porque, como expresa el filósofo Rüdiger Safranski: «Mantenerse en el ser es una obra comunitaria. Si cada uno tuviera que componérselas por sí solo, al final dudaría de su propia realidad, y le parecería como si el tiempo lo hubiese devorado. Cada uno está abocado a la ayuda de los otros para poder percibirse como real».⁶

La frase en cuestión no tendría que interpretarse, por ello, como una propuesta de renuncia a la expectativa de poder contar con ciertos otros y, menos aún, por temor a verla defraudada. Lejos de esto, ese «no esperar» –entiendo– pretende transmitir confianza en nuestras propias posibilidades, promover el deseo de que cada cual se atreva a pensar por sí mismo y a actuar conforme a sus más conscientes criterios y valoraciones. Vacunarnos contra la idea de que sean los otros quienes por razones de amistad, familiaridad o autoridad hayan de solventar nuestros problemas o atender a cualquiera de nuestras solicitudes. Desprendernos del paralizante argumento que representa, asimismo, responsabilizar a los demás o a la «mala fortuna» de todas nuestras desventuras. Porque las soluciones a nuestros conflictos personales también dependen de la actitud que adoptemos frente a ellos, de las iniciativas que tomemos y de nuestra propia determinación. Valorado de esta manera, dicho «no esperar» se transforma entonces, paradójicamente, en una expresión de esperanza en nuestras capacidades y en los frutos

6. Safranski, R. (2017). *Tiempo* (p. 185). Barcelona: Tusquets.

de las decisiones que tomemos. Todo lo cual justificaría la tercera de las frases de J. Attali antes mencionadas, esa que, actuando a modo de «despertador mental», nos viene a decir que «ya es hora» de activarnos y de responder por nosotros mismos, sin dejar de agradecer por ello todo el amor y la generosidad recibidas por unas u otras personas, singularmente, por nuestros progenitores.

Asumir esta responsabilidad, la de dirigir nuestras vidas, significaría, además, haber aprendido algo esencial respecto al poder: que en cualquiera de las formas que adopte, propende al manifiesto o ladino intento de disponernos a cuidar, sobre todo, de sus intereses. No a procurar que las personas decidan por ellas mismas y tomen el timón de sus vidas. No a favorecer, pues, la autonomía personal, sino a hacernos dependientes de unos condicionantes externos que en ocasiones interiorizamos hasta el punto de que pueden llegar a convertirlos en auténticos carceleros de nuestra potencial libertad. Cuando esto sucede, el poder se frota las manos, porque entonces ya no necesita mostrarse en su faceta más desagradable: la coercitiva o controladora. El propio sujeto lo hace en su lugar autocensurándose muchas de sus iniciativas o legítimas demandas.

En su *Autobiografía*, B. Russell relata una vivencia personal que –creo– puede servir para que el lector se haga una idea más precisa acerca de lo que entiendo por ser «uno mismo». Comentaba, en su relato autobiográfico, el que fuera gran matemático, filósofo y premio Nobel de Literatura que en los momentos previos a la primera guerra mundial sintió la necesidad de mostrar y defender su pacifismo: «Supe que me correspondía protestar, por más fútil que la protesta pudiera parecer. Estaba en juego toda mi persona. [...] No es que yo creyese que se podía lograr mucho oponiéndose a la guerra, pero sentía que, por el honor de la naturaleza humana, aquellos que no eran arrastrados por la corriente debían demostrar que permanecían firmes».⁷ Y esa

7. Russell, B., *op. cit.*, p. 347.

protesta suya –conviene subrayarlo– no iba a producirse a favor de viento, sino ante el entusiasmo colectivo que produjo en las gentes de su país participar en dicha contienda. Un fervor popular para B. Russell tan desconcertante, que le llevó a expresar alarmado: «La perspectiva me horrorizaba, pero lo que me horrorizaba aún más era comprobar cómo la expectativa de una matanza deleitaba a algo así como el noventa por ciento de la población. Tuve que reconsiderar mi opinión sobre la naturaleza humana». ⁸ Y, en particular, lo hubo de hacer respecto a lo que parece un sorprendente aspecto de la misma: la aparente ceguera voluntaria de muchas personas ante los engaños de sus gobernantes. Porque «yo pensaba que, cuando el público descubriera cómo le habían mentido, se enfadaría; en lugar de ello, se mostró agradecido, ya que lo habrían librado de la responsabilidad moral». ⁹

Retomaré este asunto relacionado con la condición humana más adelante. Pero no estará de más recordar que un cuarto de siglo después, y conocidos ya los desastres ocasionados por la Gran Guerra y las fallidas previsiones (duración del conflicto, número estimado de víctimas, etc.) que se hicieron sobre la misma, la Humanidad volvería a mostrar otra aún más trágica y descomunal manifestación de esa «ceguera voluntaria» a la que aludía B. Russell. Una «ceguera» que en nuestros días se ve sensiblemente facilitada por los omnipresentes medios de comunicación y los intentos de influir a través de ellos en la ciudadanía por parte de los poderes políticos, económicos o sociales. Influencias y actos de propaganda que permiten, asimismo, elevar a cargos de gran relevancia social o política a personas cuyo nivel intelectual –y a veces incluso ético– deberían producirnos serias inquietudes. Algo «extraño» se diría que nos ocurre, en forma de una acrítica adhesión a ciertos personajes y a sus mensajes, cuando lo ideológico, identitario,

8. *Ibid.*, p. 346.

9. *Ibid.*, p. 344.

político o religioso andan de por medio. Y puede que ese «algo» tenga que ver con una injustificada presunción nuestra: la de que disponemos de una plena racionalidad que viene influida tan solo por la cultura y la educación. Se nos olvida, o no queremos aceptar, que para que esta última sea efectiva también hemos de contar con que somos hijos/as de la vida, por lo que no considerar algunos de los aspectos que la caracterizan, así como las huellas mentales que hayan podido dejar en nosotros, limita nuestra autocomprensión y la eficacia de las acciones socioeducativas que emprendamos.

Tal como lo entiendo, la pretensión de ser «uno mismo» no solo vendría a significar, en consecuencia, el intento de que el «yo» se hiciera consciente de aquello que conoce, desea, siente y valora, sino que, además, estuviera en su ánimo tenerlo presente a la hora de actuar. Más allá de lo que sugiera a algunos dicha pretensión, esta nada tiene que ver con la idea de forjarse un «carácter fuerte» poco propenso al acuerdo y la sociabilidad. Como si se aspirara a que los individuos estuvieran provistos de una especie de «armadura psicológica» que les convirtiera en insensibles a los juicios ajenos y contribuyera a mantenerlos en una determinada posición valorativa acerca de cualquier asunto, a todo precio, contra viento y marea. Devenir «uno mismo» supondría más bien lo opuesto. Desarrollar una mente abierta a un amplio espacio convivencial que se hace razonablemente compatible, sin embargo, con el respeto a nuestras singulares maneras de interpretar la vida y de cómo querer vivirla. Sin desoír las razones de los demás, pero tampoco aceptando dependencias limitadoras o tutelas acerca de un vivir, el de cada cual, que se está dispuesto a afrontar responsablemente.

Para favorecer ese «devenir» que propone J. Attali es preciso proveerse, lógicamente, de ciertos conocimientos relacionados tanto con el propio «yo» como con el entorno sociocultural en que se desenvuelven los sujetos. Porque si las personas han de aprender a respetarse y a autorregular sus comportamientos,

estados emocionales o deseos, es poco menos que imprescindible que dispongan de algunos saberes y experiencias que les permitan hacerse cargo de cómo y en qué medida les afectan las influencias que reciben en sus respectivos espacios de convivencia. Unos medios de desarrollo que en nuestras democracias tienden a procurar, en la bella teoría, unas amplias posibilidades de emancipación a los individuos. Pero que en la práctica estas no solo se ven constreñidas por las desigualdades de orden socioeconómico o cultural de las personas, sino, además, porque dichas posibilidades se ven expuestas a las solicitudes y señuelos procedentes del arsenal de instrumentos propagandísticos de los que disponen hoy los distintos poderes para favorecer sus intereses. De ahí el fastidioso ejercicio de vigilancia al que se ve obligada la ciudadanía para protegerse de los continuos intentos de manipulación (falsas noticias, posverdades, sesgos informativos, etc.) a los que se ve expuesta. O para reducir la incertidumbre del vivir y formarse una opinión, más o menos fiable, acerca de cuanto sucede a su alrededor o en otros lugares. Ambas cosas nos incumben, porque el mundo es hoy, más que nunca, un macrosistema complejamente interconectado, en el que todo cuanto ocurre en él puede afectarnos, por más que no siempre lleguemos a interpretar cabalmente las razones de los cambios que se producen y qué intereses pretenden esconder.

Si pensamos en términos históricos, nos será fácil advertir que las posibilidades de las que han dispuesto los individuos para desarrollar y ejercer su autonomía no han sido las mismas en unas épocas que en otras. Viviendo en democracias o bajo tiranías. Perteneciendo a unas u otras clases sociales. Ahora bien, al margen de lo debido a las dispares circunstancias personales y sociohistóricas, pienso que no deberíamos dejar de considerar, entre los posibles obstáculos a la convivencia y plena emancipación de las personas, los derivados de la propia condición humana. Esa que, por ejemplo, muestra en nosotros unas apreciables tendencias a establecer más bien relaciones de dominio

que de fraterna igualdad. A seguir de manera incondicional a determinados líderes sociales o a excluir de la normal convivencia a ciertos individuos o grupos minoritarios por el mero hecho de no compartir con ellos algunos patrones (ideológicos, culturales, raciales, de género, etc.) prevalentes en cada lugar y momento histórico. Cuando no a recurrir a una sobrecogedora violencia por cuestiones que a seres supuestamente racionales apenas debería merecerles atención.

Contamos, sí, con la educación. Sin duda, el gran medio del que disponemos para modelar la mente humana y encauzar, entre otras cosas, esas negativas tendencias –digamos– «naturales» a las que antes he aludido y que, por lo que se refiere a las agresivas, lejos de ello las exacerbamos muchas veces con el lenguaje que utilizamos en nuestras habituales controversias sociales, políticas o de cualquier otro orden. Sí, contamos con la educación, pero con la que promueve la buena y respetuosa convivencia, así como la autonomía y la toma de conciencia de las ideas, valoraciones, creencias, estímulos, etc., que nos condicionan o mantienen dependientes de unas indeseables influencias. No, pues, con cualquier otra forma de educación que se desentendiera de esas finalidades y se centrara solo en los aprendizajes relacionados con el desarrollo de unas futuras competencias profesionales. Se advertirá ya entonces –como antes apuntaba– que para cualquier ser humano liberarse de las cadenas mentales que angostan su vivir significa embarcarse en un significativo esfuerzo personal. El que supone, en primer lugar, percatarse de la existencia de aquellas. Saber, luego, acerca de sí mismo y de la naturaleza de las influencias que limitan nuestro bienestar. Para, finalmente, aplicar la voluntad que se precisa para superarlas y desvincularse de quienes pretenden ejercerlas. Todo un trabajoso quehacer que responde a la necesidad de colmar la socrática e íntima satisfacción de «ser uno mismo» en cualquier lugar y circunstancia. Y de serlo, además, mostrándonos abiertos a lo que pueden aportar los conocimientos y experiencias que vayamos adquiriendo. Ya que, «al

aprender cómo llegó uno a ser lo que fue, uno puede cambiar su propia forma a lo largo del camino».¹⁰

En su ya mencionado libro, *Devenir soi*, J. Attali propone algunas estrategias para facilitar ese desarrollo personal que impulsa el deseo de pensar y actuar por uno mismo. No va a ser este, sin embargo, mi propósito al escribir el mío. Al menos bajo el formato, que dicho autor propone, de seguir una secuencia de pasos que pudieran dar acceso a la adquisición de ciertas aptitudes mentales que jugaran a favor de la emancipación de las personas. Mi interpretación de la complejidad que encierra cada ser humano no me anima a ello, como tampoco mi temperamento más bien poco dado a bajar de cualquier montaña –en este caso, mental– con la mochila repleta de indicaciones que ofrecer para vivir mejor o para no provocar el enfado de los dioses que nuestras mentes generan. Pero sí he considerado oportuno –como se hará bien evidente en lo que sigue– valorar la posibilidad de que podría servirnos de inspiración, para ese tomar las riendas de nuestra propia existencia, mirarnos en el espejo de otras. En la de quienes, como la que encarnó el personaje con el que intentaremos dialogar a través del espacio y el tiempo, hicieron de su vida el permanente intento por «ser uno mismo».

Tenemos la posibilidad de establecer esa inaudible conversación porque dicho personaje tuvo la original ocurrencia de dejarnos una detallada constancia escrita de su vivir y pensar. De cartografiar los senderos mentales por los que transitó en su particular empeño por conocerse, respetar su libertad interior y describirse lo más fielmente posible. Y de hacerlo, además, sin ánimo de buscar acólitos o encabezar escuela alguna de pensamiento a la que acogerse como guía. Todo lo más, pudo pretender dirigirse a los otros –que no creía hubieran de ser muchos ni por mucho tiempo– «por si a alguien le podría servir», como ya comenté en el prólogo, dada nuestra común condición de hu-

10. Attali, J., *op. cit.*, p. 83.

manos. Pero, aún así, advirtiendo que «el hombre es un objeto extraordinariamente vano, diverso y fluctuante», por lo que «es difícil fundar un juicio firme y uniforme sobre él».¹¹

Con esa misma finalidad de posible servicio, consideraré algunos de los pasajes de la vida y el pensamiento de Montaigne tal como él los relata en sus *Ensayos*. Mi intención no es, pues, centrarme en su biografía o analizar su obra, sino, simplemente, traer a colación algunas de las reflexiones contenidas en ella que pudieran contribuir a comprender mejor lo que puede significar «ser uno mismo» en unas u otras circunstancias. Montaigne, por consiguiente, como pretexto, no como finalidad. Indefenso ante mi interpretación de sus palabras y acciones, así como ante el convencimiento de que hay algo en nuestra común manera de tender a pensar, sentir y comportarnos que trasciende el paso del tiempo o las culturas. Algo que Montaigne supo magistralmente detectar.

Somos, ciertamente, muy »diversos y fluctuantes«, no solo por causa de nuestras distintas dotaciones genéticas,¹² sino sobre todo por el desigual papel que desempeñan en lo que piensan y sienten las personas, la crianza, la educación, las experiencias, las influencias sociales y el universo inconsciente que siempre nos acompaña. Pero considerar la singularidad mental que le confiere a cada individuo la combinación de todos estos factores no tendría que hacernos olvidar las múltiples semejanzas transculturales que se observan, asimismo, en nuestras maneras de interpretar y sentir las realidades que percibimos. Ni desconsiderar que cuanto hombres y mujeres dicen o hacen nos resulta familiar en algún sentido, aun reconociendo las diferencias que modelan en ambos géneros y en cada sujeto las distintas culturas. Y esto es así porque no en vano pertenecemos a la «gran familia de los humanos» y compartimos un pasado histórico-evolutivo que no únicamente guarda relación

11. Montaigne, M. (2016). *Ensayos* (vol. I, p. 12). Barcelona: Acantilado.

12. Con la excepción de los gemelos univitelinos que proceden del mismo óvulo fecundado.

con nuestra morfología y fisiología, sino también con nuestras aptitudes cognitivas, respuestas emocionales, motivaciones y conductas. Nos reconocemos por ello en cualquier rastro cultural o estrategia de adaptación llevada a cabo por los humanos que nos precedieron. No importa que estos tuvieran unas condiciones de vida muy distintas a las actuales. El sello de su humanidad nos llega inalterable a través de los tiempos. También el de Montaigne.

ÍNDICE

Prólogo	9
I. Ser uno mismo	13
II. Alguien nos visita	27
III. Matices	39
IV. La educación, o en manos de los otros	45
V. Aventurando consecuencias	59
VI. Otras redes de influencia	69
VII. La experiencia amorosa	75
VIII. El encuentro	85
IX. Acontecimientos y disposiciones	95
X. La propia imagen y los otros	101
XI. Libertad y servidumbre	107
XII. A veces parecemos racionales	115
XIII. El valor de la experiencia	123
XIV. La máscara y la sombra	131
XV. Soledad	137
XVI. Es tan solo un breve tiempo	145
XVII. En el andén del no ser	149
XVIII. Un adiós agradecido	155

**Si desea más información
o adquirir el libro
diríjase a:**

www.octaedro.com